

ENTREVISTA

¿UN ESCRITOR CATÓLICO?: ENTREVISTA A JUAN MANUEL DE PRADA¹

ANNE-MARIE POUCHET
The Ohio State University

—Señor de Prada, desde su punto de vista, ¿qué le hace a uno un escritor católico?

En primer lugar, hay una formación cultural, una tradición en la que naces y en la que creces. Por lo cual, indudablemente, cuando naces en una familia católica, no solamente recibes una educación en los dogmas de la religión, hay, sobre todo, una tradición cultural específica y, a mi modo de ver, la más rica de todas las que integran el acervo cultural occidental. Luego, cuando hay una búsqueda personal, naturalmente, ya no es sólo esa tradición en la que creces. Entonces, yo creo que igual sería una suma por una parte de un elemento heredado que es, repito, una tradición y en ese sentido cualquier escritor que ha crecido en una cultura católica en cierto modo tendría algo de escritor católico y luego hay un proceso de búsqueda, un proceso de búsqueda personal, ese proceso de búsqueda personal ya es más laborioso. En mi caso concreto, en diversas etapas en mi vida, en mi primer encuentro, me distancié un poco de la fe religiosa, luego volví a ella e hice casi una relación naturalmente difícil no en el sentido general. Yo creo que en general todas las relaciones con la fe son una relación compleja en donde hay momentos de duda y hay momentos de una mayor paz. En

¹ Esta entrevista se celebró en la casa del autor en Madrid el 26 de noviembre de 2005. Agradezco la valiosa ayuda de Gloria Galindo, Magdalena Mejía Gómez y Antonio Pedrós Gascón en la revisión de esta entrevista.

líneas generales... pero de esto, supongo que hablaremos en las preguntas en sí.

En toda mi obra, creo, está muy presente el tema de la culpa, el tema de la gracia: todos estos temas están presentes en mi obra.

—*¿Se puede decir que la evolución de la fe personal se refleja en la evolución literaria?*

Bueno, puede que sí, no sería yo capaz de decir... Yo creo que es tema muy complicado de establecer. Digamos que siempre he sido una persona bastante tortuosa, bastante atormentada... entonces, no sé si se perfila claramente esa evolución. Pero, yo creo que sí. Creo que hay una serie de elementos que se agudizan sobre todo en mi última novela *La vida invisible*. Pero sí, creo que puede haber un proceso de evolución

—*¿Me podría hablar un poco más de la reconversión al catolicismo? Dijo que se había distanciado un poco, entonces...*

Sí, bueno, en España lo que pasa es que la religión está muy perseguida, sobre todo en ámbitos intelectuales. A mí me ocurrió un poco lo que le ocurrió a Chesterton, el gran escritor inglés. Él cuenta en su autobiografía cómo en un determinado momento de su vida llegó a sentirse un poco avergonzado de cómo la Iglesia Católica era continuamente atacada por los intelectuales. Entonces llegó un momento que le provocó cierta perplejidad y dijo: bueno, ¿será posible que sea tan mala? y eso generó en sí un interés, generó en él interés y un poco casi por escandalizar, un poco por provocar, se dedicó a defenderla. A mí realmente me ocurrió un poco igual, no exactamente en los mismos términos, puesto que Chesterton fue un converso. El había sido educado en otra religión. Pero en mi caso concreto, me sucedió algo similar. Al principio cuando empiezo a moverme en el ámbito literario, empiezo a descubrir esta especie de animadversión, de aborrecimiento que existe en los círculos intelectuales hacia la religión y entonces surge en mí un interés por llevar la contraria. Pero al igual que a Chesterton, me ocurrió que a medida que me iba interesando por este tipo de temas, me sentía atraído por ellos, sentía una atracción especial y así fue como poco a poco fui recuperando la fe.

—*Ha mencionado varias veces que tiene un tipo de tono irreverente, ¿Sería parte de esta búsqueda, como dijo, el ánimo de llevar la contraria?*

Si, es posible. De provocar, pero, no necesariamente. Lo que pasa es que yo siempre he luchado mucho contra la imagen del escritor católico como un escritor beato, como un escritor mojigato ¿me entiendes?, un escritor ñoño. Esa imagen siempre me ha resultado muy incómoda y, además, creo que muy falsa. Es decir, si miramos quiénes son los grandes escritores católicos, nos damos cuenta de que fueron todo lo contrario. No sé si en Estados Unidos tenéis...; está el ejemplo evidente de Flannery O'Connor, en Inglaterra; está el ejemplo de Chesterton, en Francia; el ejemplo de Mauriac y de grandes escritores católicos y, verdaderamente, todos se destacan precisamente por ser escritores que afrontan asuntos a veces duros, turbios... Hace poco leyendo los cuentos de Flannery O'Connor, me daba cuenta de la dureza de sus cuentos, historias verdaderamente desgarradoras. En ese sentido, a mi siempre me ha gustado un poco rehuir de esa imagen un poco blanda del escritor católico, que pareciera que por ser escritor católico tienes que estar todo el día escribiendo de la Virgen María y no es así. Creo que el escritor católico tiene que ser testigo de su tiempo. Naturalmente a través de una visión, si quieres, un poco espiritual y teniendo en cuenta la presencia de Dios y de la gracia en nuestro tiempo. Pero tienes que afrontar los aspectos oscuros de la naturaleza humana. Entre otras razones, porque quienes creemos en Dios también creemos en el demonio, es decir, creemos en el Mal, y el Mal está muy presente en nuestras vidas y es una parte de nuestras vidas de la que también un escritor tiene que hablar.

—*En Las máscaras del héroe, por ejemplo, el retrato de los sacerdotes no es algo tan positivo. Como usted dijo que no se considera un escritor beato... ¿se considera anticlerical en esta obra?*

No, tampoco anticlerical. Lo que pasa es que en esa obra mi conversión quizás no se había producido, o solamente estaba en un estado embrionario. Pero también hay que tener en cuenta que es una obra que intenta responder al clima de una época y, el clima de esa época en España fue muy anticlerical. Quizás el anticlericalismo es uno de los elementos fundamentales de la Guerra Civil que además, tuvo unas consecuencias muy trágicas durante la Guerra Civil —piensa que en España se mataron casi diez mil sacerdotes y religiosos. Quizás ese anticlericalismo sí esté presente en la novela... pero no, no es un anticlericalismo personal. Yo creo que los sacerdotes son como las personas normales. Pero hay buenos sa-

cerdotes, malos sacerdotes, sacerdotes regulares. Pero, es decir, tampoco creo que un sacerdote en sí mismo sea un hombre santo por el mero hecho de ser sacerdote. Creo que hay malos sacerdotes. Hay una anécdota maravillosa de Chesterton —creo que también está en su *Autobiografía*, que dice que una vez entró, cuando todavía no se había convertido, en una iglesia católica. Escuchó al cura hablar y el sermón del cura le pareció nefasto, le pareció abominable y entonces al salir de misa pensó: «una religión que ha perdurado dos mil años manteniendo a ministros tan ineptos como éste, sin duda tiene que ser la religión verdadera.» O sea, lo que quiero decir es que naturalmente hay sacerdotes malos. Pero bueno, eso es natural, tienen naturaleza humana.

—¿Qué le atrae de Chesterton además de la búsqueda misma de la fe?

Bueno, me atraen muchas cosas. Me atrae su sentido de humor, su inteligencia, su capacidad de análisis de la realidad, sus paradojas. Es un escritor que es capaz de extraer, hasta de los tópicos más repetidos, una verdad insospechada y sobre todo me interesa porque es un escritor a la contra. Es decir, yo creo que uno de los problemas de nuestro tiempo es que los escritores, los intelectuales en general, intentan estar a la moda. Pues hoy en día para estar a la moda tienes que un poco doblegarte ante todas las modas, ante todas las tendencias y Chesterton es un escritor que dedica toda su vida, digamos, a burlarse de las modas o a denunciar ese papanatismo de la gente que la sigue sin capacidad crítica. Luego, es un escritor que escribe muy bien. Lo mismo que comenté, es un escritor extraordinario.

—¿Y tiene alguna relación especial con el Opus Dei? Se lo pregunto porque vi una mención de Camino en Las esquinas del aire y sé que la Obra es muy fuerte aquí?

Yo no... ¿por qué pensabas eso? Si la tuviera te lo diría. No, no, no; yo soy cristiano de a pío, no. No tengo ninguna relación. Conozco personas del Opus, claro sí, pero no tengo ninguna relación.

—A mi modo de ver, creo que escribir como periodista es muy distinto a escribir como escritor de ficción y allí es más obvia la ideología católica ¿Me podría explicar un poco como se distingue el ser periodista del ser escritor?

Bueno, tú piensa que cuando uno escribe para los periódicos, tiene que abordar los asuntos de la realidad de una manera directa. Sobre todo en una sociedad como la nuestra en donde un periodismo de tipo literario ya casi no tiene cabida. Aquí tendríamos que hablar un poco sobre la evolución de lo que ha sido el periodismo en España... En España ha habido un tipo de periodismo literario que no ha existido, quizás, en otros países en donde el escritor hacía una serie a partir de ni siquiera temas de actualidad, a partir de impresiones... un tipo de artículo literario que podía tener un componente de denuncia de alguna situación social o política, pero también podía ser un artículo simplemente divagatorio, lírico... ¿me entiendes? Es una larga tradición que empieza no sé, desde tiempos inmemoriales, pero muy claramente desde Larra, que luego en el siglo XX ha sido de un extraordinario esplendor. Los escritores del 98 fueron escritores de periódicos y luego los escritores de las generaciones sucesivas, Ortega y Gasset, Ramón Gómez de la Serna, Ramón Pérez de Ayala, todos ellos, fueron grandes escritores de prensa. Sobre todo a partir de los años 30 y los años 40 hay una serie de escritores de prensa muy importantes.

Claro que lo que ha ocurrido en los últimos años en España es que tras la muerte de Franco en los periódicos ya no existía censura y se podía escribir lo que fuese. Entonces, poco a poco la colaboración de prensa pierde su componente literario y cada vez hay que escribir más sobre temas de actualidad, asuntos de actualidad, donde está muy presente el tema religioso. En España, los asuntos religiosos son parte de nuestra actualidad, sobre todo en los últimos años está volviendo a haber, creo, un cierto clima de anticlericalismo, de beligerancia contra lo religioso, e inevitablemente tienes que tratar de temas religiosos y, claro, en un artículo no puedes... tienes que circunscribirte al tema y dar tu opinión sobre un determinado asunto. Entonces sí, en mis artículos, inevitablemente uno tiene que, digámoslo así, mostrarse y defender las ideas en las que cree.

—Entonces se podría decir que se pone más «beato» cuando escribe... ¿Cómo influyen las creencias religiosas en el momento de escribir ficción? Me habló de la tradición y la búsqueda personal...

No, no beato, sino que hablas de temas religiosos, directamente religiosos y defiendes una postura. Bueno me suelto. A mí me ha servido mucho, la verdad, el tema religioso. Me ha servido mucho para lo que podría yo denominar mi actitud ante la literatura. Creo

que yo antes era un escritor mucho más preocupado por lo que podemos llamar la sociología literaria, lo que rodea la literatura. Se entraba mucho en ese juego de las pandillas, de las camarillas literarias, de que ese fulano es mi amigo, fulano es mi enemigo, todo esto me preocupaba mucho.

Digamos que, a raíz de mi vuelta a la religión, todo esto dejó de interesarme. La literatura me ha interesado de una manera más interior. He roto con todo ese mundo literario que ya no me interesa nada. Sobre todo porque tienes una percepción del hecho creativo en sí distinta, pues indudablemente, la fe religiosa te obliga a pensar sobre la naturaleza de la vocación artística, que es una vocación que tiene un componente misterioso, un componente llamémosle sobrenatural..., o algo, en definitiva, que se escapa a las capacidades racionales del hombre y, entonces, que te aproxima mucho más al misterio de lo religioso a través de la creación artística.

Luego, sobre todo, llega un momento en el que consideras que un trabajo como escritor tiene un componente de don, un don que se te ha sido concedido y, por tanto, cuando uno escribe, también se siente menos presionado. Yo recuerdo, cuando yo empezaba a escribir, sentía muchas presiones, estaba tratando de hacerlo mejor. Esto tengo que hacerlo mejor. Hasta que llega un momento en que estas presiones desaparecen porque a fin de cuentas tú piensas que lo que estás haciendo, en cierto modo, lo haces porque eres instrumento de esa fuerza misteriosa y a partir de ese momento todo es mucho más tranquilo.

—*Usted mencionó que se siente más libre, menos restringido... ¿Está a favor de la censura en la literatura?*

¿De la censura? No, no estoy a favor en absoluto. Es cierto que a lo largo de la historia se ha demostrado muchas veces que la censura es beneficiosa para la literatura en el sentido de que a veces, un escritor cuando tiene que sortear determinados obstáculos que le impone el poder llega a resultados estéticos más logrados, esto ha ocurrido con frecuencia. Pero yo no estoy a favor. De lo que sí estoy a favor es a la auto-censura, digámoslo así. Creo que el escritor tiene que tener una capacidad para la elipsis, para la insinuación. Eso sí me parece que es beneficioso.

En todo caso me sentía como más presionado, sentía presión, no censura sino presión. Presión porque tienes que entregar una novela, te ponen unos plazos... Parece como que después de ganar un pre-

mio, en tu siguiente novela te lo juegas todo... y cuando luego tienes una visión trascendental de la vida todo esto te deja de interesar.

—Entonces ¿no siente que hay restricciones que se imponen por ser escritor católico?

Eso sí, eso sí... para mí exteriores sí. Normalmente cuando te manifiestas como escritor católico hay mucha beligerancia contra ti, pero eso, como dije antes, da un poco igual.

—Algunos de mis compañeros me han mencionado que no entienden el alto contenido sexual que hay en las obras, y a veces en las portadas, que es algo que choca con eso del escritor beato. No sé si es por vivir en la sociedad estadounidense. ¿Me podría comentar algo sobre eso?

Creo que, en general, la sexualidad forma parte de la vida, entonces yo no creo que haya por qué esconderla. Por otra parte, en mi literatura la sexualidad está muy asociada por un lado a lo irracional, a lo subconsciente. En este sentido hay una influencia importante de los surrealistas en mi obra. No porque sea yo un escritor surrealista, sino porque a través del sexo, no sólo en mis obras, hablo de una parte, de una vida inconsciente o subconsciente. Por otra parte, el sexo tiene en mis obras muchas veces la connotación de una fuerza destructiva. Es decir, yo siempre encuentro que he estado interesado por la locura y la verdad —es que he estudiado mucho la locura y me he dado cuenta de que muchas formas de psicopatía, de trastorno mental, tienen una raíz digamos sexual. Por eso, quizás, en mi literatura la sexualidad tiene muchas veces un componente sórdido o perverso. Esa es la razón fundamental.

Luego, yo creo que el componente sexual es un componente que, en contra de lo que se crea, está muy presente en la cultura católica. Es por eso que siempre que se hacen estudios sobre en qué países la gente es más feliz, generalmente, suelen salir primero los países católicos. La religión católica, en contra de lo que se pueda pensar, ha sido más permisiva con la sexualidad que otras religiones. Por ejemplo, los países protestantes son mucho más reprimidos en cuanto a lo sexual, mucho más reservados, mucho más pudorosos... En cambio, los países católicos, pensemos por ejemplo en Italia, en España... son países que hablan de la sexualidad con una mayor naturalidad. O sea que tampoco creo que sea una cosa contradictoria.

En España hay un escritor medieval que se llama el Arcipreste de Hita. Tiene un libro que se titula *El libro de Buen Amor* donde ya el sexo está muy, muy presente. En general, en la tradición literaria española, creo que el sexo tiene una presencia muy, muy fuerte. Sí, indudablemente.

Sólo hay un libro en toda mi obra en la que el sexo está tratado de una forma lúdica, digamos, juguetona: es *Coños*, que es un libro, como una broma literaria. En los otros libros yo creo que el sexo tiene un componente mucho más turbio, un componente que está asociado generalmente a la faceta más oscura de la naturaleza humana.

—*Cuando leí La vida invisible, me recordó mucho El señor de los anillos. Veo un tipo de paralelismo, un mensaje salvador que no vi en Las máscaras del héroe, aunque vi un idealismo presente. Pero a pesar del contenido sórdido que había en las dos obras, creo que había un mensaje de gracia, de salvación en La vida invisible que no había en Las máscaras del héroe.*

Es posible, sí.

—*¿Cómo ve usted la situación de la Iglesia Católica en la España actual?*

Bueno yo creo que la Iglesia Católica por una parte sería su situación institucional y otra su situación interior. En la situación institucional la Iglesia está en estos momentos en una fase, yo diría, casi próxima a la persecución. Hay una gran hostilidad contra ella desde las instancias políticas. Luego, el nuevo gobierno ha decidido, quizás porque le da un crédito electoral, declarar entre comillas «la guerra a la religión.» Continuamente se están planteando asuntos que tienen que ver con la lucha contra la Iglesia. Sobre todo se intenta continuamente dar una imagen de la Iglesia como fuerza retrógrada. En ese sentido se la intenta vincular mucho al Partido Popular. Luego, por otra parte, siempre la están amenazando con retirarle cierto tipo de ayudas... Todo esto, claro, muy jaleado por una prensa que es muy anticlerical y a través de una manera que a mí me parece bastante peligrosa, que es reavivar un poco los fantasmas de la Guerra Civil. Yo creo que en España se están reavivando mucho las tensiones entre las dos Españas: una España religiosa y una España que no lo es. Creo que esto obedece a un planteamiento social falso, porque en España la mayoría social es una

mayoría social católica, lo que pasa es que ahí hay diversos grados de implicación. Hay personas que viven la religión de una manera muy, muy estricta, digamos que son personas muy practicantes y hay una mayoría que son personas poco o nada practicantes pero que indudablemente tienen «una sensibilidad católica.» Entonces, en ese sentido, creo que la Iglesia está siendo muy, muy perseguida y sobretodo creo que hay un clima antirreligioso bastante fuerte.

En el aspecto interior creo que la Iglesia Católica, en este sentido, está en una nueva situación, le puede servir de revulsivo. Creo que la Iglesia está viviendo un final de época, en el sentido de que la Iglesia en España durante los cuarenta años de dictadura de Franco fue, digamos entre comillas, una «Iglesia oficial.» A veces claro, se le reprocha a la iglesia que se pusiera de parte del bando vencedor de la Guerra Civil. Pero mataron a diez mil sacerdotes, que es algo muy fuerte. Después de que te maten a diez mil sacerdotes, es natural que te pongas en un bando.

Digamos entonces que la Iglesia ha vivido en una inercia. Después de esa etapa creo que la Iglesia ha vivido en la inercia de ser la religión oficial. No se ha dado cuenta de que la sociedad ha cambiado y, por tanto, se ha generado una cierta —digámoslo así— comodidad, o se ha apoltronado y ha perdido la vitalidad que creo tiene que tener la Iglesia.

Así que ahora la Iglesia aborda una nueva situación en donde ya no es una religión oficial, en donde ya ni siquiera los españoles mayoritariamente son católicos practicantes, a pesar de que si sean católicos en cuanto a formación o educación. Entonces creo que ahí se tendrá que producir una, digámoslo así, purificación de la Iglesia. La Iglesia tendrá que desprenderse de viejos «tics» que son a veces un poco dictatoriales. Por otra parte tendrá que desprenderse de toda convivencia o complicidad con el poder de un bando o de otro. Los católicos, quienes formamos la Iglesia, somos personas de ideologías muy diversas ¿me entiendes? Entonces la Iglesia tendrá que desprenderse de todo tipo de complicidades con el poder y tendrá que ser, yo creo, una Iglesia cada vez más implicada en los problemas de la sociedad y por tanto una Iglesia que no se exprese tanto a través de los obispos y las jerarquías sino de los seglares, de los católicos. Creo que es el reto de la Iglesia.

Para mí, la Iglesia está hoy en una situación de fin de época: una Iglesia que todavía no se ha acostumbrado a que ya no es una religión oficial. A esto se suman los problemas que son comunes,

yo creo, no ya al catolicismo sino al cristianismo: escasas vocaciones, un mundo muy secularizado etc., etc. Pero, creo que al mismo tiempo, la Iglesia Católica, el catolicismo, el cristianismo... tienen la fuerza, una fuerza eterna, en el sentido de que siempre va a ofrecer a la gente una forma de vida más enaltecida que la forma de vida que le ofrece el consumismo —que es la religión de nuestro tiempo—.

Uno de los grandes problemas de la sociedad española es que es una sociedad que queda más vacía, más despojada de referentes morales y es una sociedad que en esa especie de angustia de vacío en la que se debate, busca soluciones en cosas que no le pueden ofrecer una solución pasajera, pero no una solución real. En este sentido sí pienso que en el futuro la religión volverá fuerte, porque el hombre —yo creo— es un animal religioso.

Pero bueno, en líneas generales, en Europa la religión está mucho menos presente que en Estados Unidos en la vida íntima de las personas. Yo creo que Europa es un continente mucho más secularizado.

—Mencionó «la sensibilidad católica» y que la mayoría de la gente todavía tiene esa sensibilidad aún si no practica. ¿Qué es exactamente esa sensibilidad católica? ¿A qué se refiere?

Bueno, mira, pues por una parte hay unos referentes morales, unos códigos morales que más o menos se identifican con los códigos morales cristianos. Por otra parte hay unos referentes culturales inexcusables. Uno sin querer está rodeado de símbolos religiosos, está rodeado de una cultura religiosa concreta. Es algo de lo que no te puedes desprender así como así. Luego, creo que cada pueblo tiene su carácter, el pueblo español es un pueblo católico, es un pueblo de gente apasionada, un pueblo de gente —si quieres— un poco excesiva, barroca y, eso inevitablemente, es una marca genética que no se puede remover así tan fácilmente y yo creo que eso sigue presente en nuestra sociedad.

—¿Me podría decir cuáles han sido algunas de las dificultades que ha sufrido usted como «escritor católico,» por parte de la crítica literaria o de la academia literaria?

Bueno, automáticamente te conviertes en un bicho raro, pero esto también ha sido algo voluntario. Te quedas fuera... te quedas fuera de lo que podríamos llamar el cogollito, fuera de lo que po-

dríamos llamar el «*milieu*», el medio literario. ¿Por qué? Porque te conviertes en una especie de persona que está a la contra de lo que el medio literario defiende. En el medio intelectual es muy fuerte la hostilidad hacia lo religioso. En ese sentido eres un poco expulsado. Pero bueno, todo eso tampoco me importa mucho, siempre he buscado la soledad, la verdad.

—¿Ha sido en esa soledad que ha hallado la fe de nuevo?

Bueno, en la soledad conquistada, no en la soledad como castigo. Cierta soledad en la búsqueda de las raíces, en volver a las personas que verdaderamente te importan, en apartarte un poco de la vanidad de la literatura. Creo que el mundo literario suele ser, sobre todo, un mundo muy vanidoso. Quizás uno cuando trabaja con las palabras está trabajando con algo tan intangible —algo que, que por otra parte, no genera mucho dinero— y yo creo que, en el mundo literario se desarrolla una extraordinaria vanidad. Es una gran lucha de vanidades y creo que, he de decirte sinceramente —por supuesto hay excepciones— casi toda la gente que he conocido: escritores, críticos, gente que se dedica a la literatura... me parece gente muy abyecta, gente aborrecible porque son personas hinchadas de vanidad. Piensan, que para que su vanidad se mantenga a flote como un globo hinchado hay que evitar que otras vanidades se hinchen, hay que intentar explotarlas y me parece un mundo muy sórdido y me he apartado de él. Pero bueno, también he sido apartado. Digamos que, cada vez, soy más unapestado en todo ese mundo.

—Uno de mis profesores estaba muy contento cuando le dije que iba a trabajar sobre usted, porque según él «por fin tenemos un escritor de derechas que escribe buena literatura.» ¿Me podría, en primer lugar, hablar de esta dicotomía entre ser de derechas y ser católico ortodoxo?

Lo que ocurre es que para la mentalidad de nuestra época cuando eres católico, indudablemente eres de derechas en ciertos asuntos morales. Pero, al mismo tiempo, una persona católica puede ser considerada de izquierdas en ciertos asuntos sociales. Es decir, yo no creo en esa división. Digamos que si tengo esta visión del mundo cristiana, y eso hace que te vean de izquierdas o de derechas en determinados asuntos. Pero sí, en asuntos morales te ven de derechas.

Pero yo creo que un católico no cree demasiado en esas divisio-

nes ideológicas Primero, porque son perecederas. Yo creo que cuando tienes una visión un poco trascendente de la vida, te das cuentas de que todo eso es perecedero. Segundo, porque no es real, es decir: yo creo que el católico tiene que ser un gran humanista y el humanismo te obliga, por una parte, a tener una visión de la vida que no sea puramente egoísta como nos venden hoy, o como nos vende cierta izquierda. Pero al mismo tiempo, ese humanismo te obliga a tener una sensibilidad especial hacia quien sufre, que a veces no la tiene la derecha. Pues no, no creo demasiado en esas divisiones.

Por otra parte, piensa que Jorge Manrique a lo mejor sería de derechas o de izquierdas, pero nadie lo sabe. Yo qué sé, Garcilaso de la Vega ¿era de izquierdas o de derechas? Todo eso creo que es un poco banal.

Naturalmente, en nuestra época sí, lo destacamos mucho, pero eso pasará y será imposible distinguir quién era de derechas y quién era de izquierdas, porque todo eso es pasajero. En cambio yo creo que el mensaje cristiano no es pasajero.

—Creo que la gente ha sido tendenciosa, incluyendo la Academia literaria, en cuanto a la gente que apoya el mensaje cristiano. Me choca que no haya habido más autores modernos con este mensaje que se destaquen, y quisiera saber ¿hay un apriorismo negativo contra la obra de alguien que posee estas creencias? Es decir, ¿ha encontrado usted un posicionamiento negativo hacia la gente que quiere escribir de esta manera?

¿Quieres decir si te ven mal? ¿Con malos ojos?

—Sí.

Sí, sí totalmente. Inmediatamente, como te dije antes, te conviertes en un escritor absolutamente mal visto. La razón por la que muchos escritores cuando escriben sobre estos asuntos escriben a la contra, escriben mal de la Iglesia, de lo religioso... es simplemente porque saben que así van a ser aplaudidos. Hay muchos escritores que consideran que para ser escritores de su tiempo tienen que estar a la moda en vez de estar a contra corriente, que es donde tiene que estar el verdadero escritor. Piensan que tienen que estar a la moda. Claro que esto es mucho mejor para ellos porque ganan mucho dinero. Pero claro, cuando uno está a la moda, entre esa moda está el denigrar, el escarnecer lo religioso. Así es en España.

En Estados Unidos yo creo que no es así exactamente, pero en España es así de forma muy marcada.

—*Me podría explicar un poco la problemática de la educación, de la ley que el gobierno actual quiere implementar...*

Pues es un problema muy largo de contar. El problema sobre todo, de la educación en España, es que se está depauperando. Pienso que ahora mismo España está considerada junto con Malta y Portugal, los países donde el nivel de los estudiantes es más bajo.

La educación en España se ha deteriorado mucho. Este deterioro tiene mucho que ver con muchas cuestiones: la banalización del saber. Antes el saber estaba ligado al sacrificio, al esfuerzo; hoy en día el sacrificio y el esfuerzo son conceptos que se desprecian: saber se ha banalizado mucho. Luego está el tema de la pérdida de la disciplina. Hoy en día los chavales, por diversas razones —porque crecen en familias destruidas o porque los padres trabajan los dos y no les hacen ni caso; porque están todo el día enchufados a la televisión y no ven más que brutalidad y violencia...—, llegan a la escuela y son auténticas bestias. Es decir: ese respeto hacia la figura del maestro, del profesor, ha desaparecido.

Por otra parte, ha habido sucesivas leyes que han restado importancia a una serie de aspectos básicos de la formación: la educación, sobre todo las asignaturas que tienen que ver con las disciplinas humanistas —desde el latín, la literatura, la historia—, se ha descuidado mucho y esto ha creado en la educación unos agujeros negros terroríficos.

Ese es un motivo del deterioro enorme de la educación y por otra parte se suman otra serie de problemas. Se suma una serie de problemas que tiene ya que ver más estrictamente con esta ley. Todo lo que te he contado de esta situación terrible, esta ley no hace nada por evitarlo, sino que más o menos mantiene la línea de leyes anteriores. Además es una ley muy intervencionista, en el sentido de que el derecho a la educación no se considera como un derecho propio del ciudadano, que puede elegir el tipo de educación que quiere para sus hijos; más bien se considera una concesión del Estado, de tal manera que es el Estado el que establece cuál es la educación que tienen que recibir tus hijos.

Así, por ejemplo, se ha aprobado una asignatura que se llama «Educación para la ciudadanía», una asignatura de contenidos muy, muy brumosos... No se sabe exactamente lo que va a ser. Pero, cla-

ro, es una asignatura que el gobierno de turno va a utilizar para contarles a los niños el mundo como a él le apetezca que se cuente. Ahora mismo hay una serie de asuntos morales que están siendo muy debatidos, y el gobierno ha adoptado una serie de decisiones bastante discutibles que probablemente pasen a formar parte de esa educación para la ciudadanía.

Hace unos días, hace unas semanas, en España se repartió en los colegios de la Mancha un folleto en donde se animaba a las niñas a masturbarse entre sí y a practicar el lesbianismo. Esto pronto va a ocurrir en toda España a través de esta asignatura.

Entonces, bueno hay una serie de cuestiones que muchos padres consideramos que no pueden, que no podemos transigir con ellas, es decir: que no queremos que el Estado imponga una moral a nuestros hijos, una moral pública. Hay muchos temas, pero fundamentalmente esto es un deterioro objetivo, un deterioro que te reconoce cualquier persona. Luego, hay un intento de adoctrinamiento del Estado, del poder, a través primero de un intento de postergar la enseñanza católica, que en España mayoritariamente está concertada. El concierto es una forma de equiparar colegios que no eran públicos con los colegios públicos. En líneas generales la educación en España está muy mal. Piensa, por ejemplo, que la universidad española más prestigiosa no figura ni siquiera entre las cien universidades más prestigiosas del mundo... Te lo digo para que te hagas una idea de que la educación española no está nada bien.

—¿Se ha presentado la protesta contra esta ley de educación como una lucha entre la Iglesia y el Estado?

Bueno, eso ha sido una maniobra del gobierno porque está muy obsesionado con identificar todo como una lucha entre la Iglesia y el partido que está en el poder. En este afán, que te decía antes, de recrear un poco la situación esa de las dos Españas, esa situación terrible que precedía a la Guerra Civil, hay un afán tremendo de identificar toda la protesta que existe contra esta ley con la Iglesia, pero es falso, es absolutamente falso. Por otra parte, si fuera verdadero, sería terrible para el gobierno, porque el gobierno tendría que reconocer que la Iglesia tiene un poder de convocatoria y una influencia social enormes, y eso es mentira. La Iglesia apoyó esta manifestación, pero es una manifestación de iniciativa totalmente civil, de asociaciones de padres, de alumnos, de profesores, de colegios... No tiene nada que ver con la Iglesia, pero esto es un movimiento

totalmente civil: lo que hizo fue apoyarla. Lo que ocurre aquí es un afán por intentar presentarlo todo como una lucha entre la Iglesia y el gobierno, pero es falso.

—*Cambiando de tema, ¿me podría hablar un poco de su estilo como escritor? Hay ciertos padrones que hay en su obra: el uso de paréntesis, el desarrollar un cuento, un artículo en la obra, algunas obsesiones... ¿Me podría comentar un poco de esto?*

Bueno eso es muy complicado para mí. Yo creo que soy un escritor de estirpe barroca. Con una visión de la realidad bastante problemática, bastante traumática, bastante pesimista incluso, y eso creo que se cristaliza a través de un estilo a veces complejo: lleno de recovecos, de meandros, de volutas. Es un estilo, digámoslo así, bastante retorcido. Claro, lo que ocurre es que esto a veces no se entiende. A veces la gente piensa que uno es un escritor barroco o no, como algo puramente ornamental, algo puramente decorativo, y no se da cuenta de que generalmente un estilo barroco obedece a una determinada concepción de la realidad. Cuando tienes una concepción de la realidad un poco angustiosa, es natural que tu estilo sea un estilo con cierto grado de retorcimiento. Digamos que esa visión de la realidad un poco caótica, esa realidad un poco negra... se cristaliza a través de este estilo en el que hay un cierto grado de retorcimiento. Es un estilo arborescente, es un estilo en el que incluso, de repente, todo entra: desde largos paréntesis, largas meditaciones, largas digresiones... Eso quizás forma parte de una escritura voraz, una escritura que intenta abarcarlo todo, que intenta ser también muy minuciosa, que intenta describirlo todo..., yo creo que quizás esa sea la razón.

Pero es igual, el caso es muy difícil de relacionar, sobre todo para mí, porque uno escribe así de forma natural, no te pienses que uno se propone escribir así. Entonces, inevitablemente uno escribe como cree que debe escribir y también como cree que debe hacerlo dada la naturaleza de sus libros, por lo que intenta contar a través de sus libros.

—*Mencionó que hay mucho pesimismo ¿cómo se relaciona ese pesimismo con la visión trascendental de la vida que usted tiene?*

Sí, hay un cierto pesimismo. Bueno, esa es una vieja pregunta que se le hace a muchos escritores y que se le ha hecho a muchos escritores católicos. Porque curiosamente a lo largo de la historia

han abundado los escritores católicos de tipo pesimista, o que al menos tienen una visión negra de la realidad. Han sido, como te digo, frecuentes. Mismamente Flannery O'Connor, o en Francia escritores como Léon Bloy y, desde luego en España está muy enraizada, porque si miramos el arte católico español veremos que es un arte muy, muy negro. Pensemos, por ejemplo, en pintores como Valdés Leal que tiene unas pinturas sobre la muerte —sobre lo efímero de la vida, la vanidad humana que son terribles, pensemos en la imaginaria española, las culturas religiosas españolas... Pensemos también en su literatura, la literatura del Siglo de Oro: los escritores como Calderón son escritores con un componente de pesimismo fuerte.

Bueno, yo creo que ese pesimismo no es un pesimismo absoluto, como luego te trataré de explicar. Creo que es un pesimismo que tiene poco que ver con la conciencia que uno tiene de la naturaleza humana —pues conviven ciertamente lo más sublime, lo más grandioso pero también lo más abyecto, lo más vil, lo más rastrero—. Creo que esa lucha está inscrita dentro de nuestros genes, que cada hombre desarrolla el combate entre el bien y el mal. En ese sentido, la verdad, yo sí tengo una mirada un tanto desencantada hacia la realidad porque creo que nuestro tiempo es un tiempo en el que cada vez nos regodeamos más en los aspectos más negros y más sucios de nuestra personalidad y dejamos más abandonados los aspectos más positivos. En ese sentido sí tengo una mirada bastante negativa.

Pero esa mirada negativa no niega la posibilidad de una redención. No niega la posibilidad de que la gracia transforme a los hombres. De hecho, yo creo que en mis novelas sí hay personajes que, sin que ellos entiendan exactamente cómo, son transformados. En ese sentido, un pesimismo, pero mezclado con un rayo de esperanza.

—Y, hablando de sus personajes que llegan a un tipo de redención ¿el hecho de que el pecador llegue a la gracia pero todavía no sale perfecto todo como consecuencia del pecado cometido, éste se relaciona con su declarada conciencia cristiana o es algo inconsciente?

Probablemente inconsciente, bueno, tengo una visión de nuestra travesía por la tierra bastante negra. Yo creo que la tierra es un valle de lágrimas que te ofrece afortunadamente satisfacciones, pero creo, sobre todo, que es un tramo de nuestra vida en el que tenemos que convivir con el Mal. Es algo en lo que generalmente la gente no cree. La gente cree en Dios, pero gente que crea en el Mal,

en el demonio —como queramos llamarlo—, hay muy poca. Es la primera argucia del demonio, que hace que la gente no crea en él. Pero, esa presencia del Mal, a mí me parece muy interesante como ingrediente literario. Me parece sumamente interesante, sumamente fascinadora, quizás porque en la literatura contemporánea no se trata ese tema. Es decir, como hemos llegado a la banalidad del Mal, esa banalidad que nos enseñaron los grandes monstruos del siglo veinte: está bien para estar en el Mal, llegaba a ser una cuestión de aritmética igual que para Hitler. Stalin lo decía de una manera muy terrible: un muerto es una tragedia, un millón de muertos es pura estadística. Entonces, hemos llegado a acostumbrarnos al Mal. Esta es una cosa que realmente me preocupa de las sociedades occidentales, sobre todo europeas en nuestro tiempo: cómo pueden convivir con el Mal, como si el Mal incluso fuera algo divertido. Esto se ha extendido, esto es una gangrena, una gangrena moral de nuestra sociedad.

Afecta también a lo más íntimo y personal: hay mucha gente que le es infiel a su mujer y no tiene ningún remordimiento de conciencia... Hasta en lo más social, hay gente que sabe que a su alrededor hay mucha gente que se muere de hambre y no hace nada por evitarlo, ni siquiera una aportación económica, nada. Esta presencia del Mal —del Mal como algo cotidiano, como algo normal, como algo incluso divertido— es una cosa que me preocupa mucho y he procurado que esté presente en mi literatura.

—¿Y no cree usted que está presente en la literatura de otra gente, quizás desde un ángulo diferente? La literatura moderna —y no quiero hablar en términos generales— no es una literatura de felicidad, hay muchas imágenes negativas...

Sí, bueno, hay imágenes negativas, pero no con una conciencia moral. Hay imágenes negativas, pero creo que se resalta lo más negativo de la naturaleza humana, pero se resalta como con gozo, como con orgullo. Aquella frase terrible de Louis Céline de que con buenos sentimientos no se puede hacer buena literatura..., pues sí, yo creo que se ha impuesto mucho. Pero creo que no se analiza el problema del Mal. El Mal sí se retrata y, evidentemente, la mayor parte de las novelas retratan personajes abyectos, pero se les retrata como si fueran personas normales e incluso personas que merecen admiración. Esto es terrorífico, pero esto ocurre cada día más.

BLANK PAGE